

EDITORIAL

**LA PARTICIPACION SOCIAL DEL MEDICO \***

Es un honor tomar la palabra en esta ocasión. Al ocupar la tribuna no sólo represento a la Academia Nacional de Medicina que desde su fundación, ha participado con el gobierno en los programas de salud. Igual que en el censo de las enfermedades reinantes promovido por Liceaga en 1870 o las campañas contra el tifo exantemático de 1905, los miembros de esa Corporación participan hoy en el Programa Nacional de Salud. Pero siento también la responsabilidad de hablar en nombre de toda la clase médica del país.

Hace muy pocos años, en este sitio y en un día como éste, se escuchó la preocupación de los médicos por la divergencia de objetivos y prioridades entre las escuelas de medicina y las dependencias e instituciones encargadas de la atención médica, como si no formaran parte de un mismo engranaje nacional cuyo objetivo común es velar por la salud de todos los mexicanos.

\* Discurso pronunciado en la ceremonia inaugural de la III Reunión Nacional de Salud Pública, el 23 de octubre de 1974.

El rápido ritmo de evolución de todas las estructuras del país ha dejado esas preocupaciones en algo que, visto retrospectivamente, parece un lejano pasado. Es habitual ahora la comunicación entre los medios universitarios, académicos y de la administración pública cuando se estudian las medidas que deberán mejorar la salud del pueblo.

En este progreso acelerado se ha ido mucho más lejos. Se ha hecho un análisis de los problemas sanitarios en todo el territorio y se ha elaborado un programa nacional de salud de alcances mucho más grandes que todo lo hecho hasta ahora. En este programa se profundiza con cuidado en el complejo problema de la atención médica y la prevención de la enfermedad; se trazan los caminos a seguir y se fijan metas bien definidas, a un plazo suficientemente largo para asegurar que la continuidad del programa no se vea interrumpida por los cambios periódicos de hombres que la estructura democrática de nuestro país exige.

Una empresa de esta magnitud, de beneficios incalculables en todos los aspectos del futuro de México, requiere un esfuerzo gigantesco, la utilización de mayores recursos económicos y del trabajo conjunto de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, el Instituto Mexicano del Seguro Social y el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado. Requiere también de la participación decidida y apasionada de los médicos de México.

Por el contacto directo con sus enfermos y el conocimiento que adquiere de las condiciones familiares, sociales y económicas que los rodean, el médico no sólo está enterado, sino profundamente sensibilizado de los problemas sociales del país.

Como uno de los protagonistas principales de la lucha contra la enfermedad, el médico percibe claramente los beneficios que la salud puede aportar a la productividad y el desarrollo social, intelectual y cultural de todos los hombres.

Como científicos alertas a los cambios, los médicos han aprendido que para el trabajo diario es necesario el esfuerzo multidisciplinario. Han aprendido también que para acometer la empresa de asegurar la salud en todo el país, deben trabajar al lado de los ingenieros, los etnólogos, los sociólogos, los economistas, los administradores y muchos otros técnicos. Dentro de este contexto, los médicos han tomado su lugar con otros en una gran fuerza de trabajo que se ocupa de la salud del pueblo.

Como ciudadanos, los médicos, tal vez más que ningún otro grupo, tienen conciencia de sus obligaciones con la sociedad. Por sus antecedentes de tradición y educación, ven con naturalidad y entusiasmo, como cosa de todos los días, la misión de servir.

Cuando se habla de medidas sanitarias que lleguen a todos los rincones del país, de hacer accesibles los recursos de la medicina moderna a todos sus habitantes, de adiestrar a los técnicos y de proporcionarles el equipo que su trabajo requiere, se está expresando el objetivo primario del ejercicio de la medicina. Habrá de ser considerado también en ese programa el bienestar de la clase médica encargada de llevarlo a cabo.

El Programa Nacional de Salud requiere del esfuerzo generoso de todos nosotros y el empleo de todo el potencial humano. Creo que ese potencial de talento disponible, entendido como conocimiento y experiencia, debe ser utilizado

al máximo a todo lo largo y lo ancho de nuestra patria y que nuestras obligaciones de servicio social al final de los estudios, que representan sin duda una contribución, no deben terminar allí.

Podemos seguramente encontrar fórmulas para que ese potencial, concentrado en pequeñas cosas, se movilice y pueda ser empleado en forma periódica a través de la vida en todas las áreas del país, urbanas y rurales, allí donde el conocimiento y la experiencia del profesional avezado, sean más necesarias. Debemos estar en la vanguardia; en el cruce de los caminos.

Debemos ser los primeros en hacer un servicio social permanente.

La marcha y el progreso del país nos concierne a todos. La salud de los hombres guarda una relación directa con ese progreso y si ha de obtenerse para las futuras generaciones de mexicanos, habrán de unirse los esfuerzos, clarificar y ordenar las ideas, jerarquizar las metas. En esa gran empresa, los médicos estamos presentes.

FERNANDO ORTIZ MONASTERIO

Con no escasa frecuencia, me he hallado el diagnóstico de raquitismo formulado por médicos para designar estados muy otros de los determinados por esta afección.

Y en dicha designación errónea pueden encontrarse estas dos faltas: O se designan con el nombre de raquitismo, padecimientos que en realidad no lo son, y a sabiendas, solo se hace, para marcar estados de desmedro y debilitamiento, que desde el punto de vista médico no debemos aceptar, por prestarse a confusión; o se diagnostica por ignorancia, confundiendo con el raquitismo, padecimiento que no se halla entre nosotros, estados patológicos que no corresponden al que nos ocupa. (Torroella, M. A.: *¿Por qué no existe el raquitismo en México?* GAC. MÉD. MÉX. 58:765, 1927.)